

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

# 12

*OCTUBRE-DICIEMBRE*

**1943**

IMPRESA UNIVERSITARIA

# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

DR. SAMUEL RAMÍREZ MORENO

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

## FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

*Eduardo García Máynez.*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... ds. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

## Sumario

FILOSOFIA		Págs.
W. Dilthey . . . . .	<i>La esencia de la Filosofía. (II.)</i>	209
Leopoldo Zea . . . . .	<i>La Historia en la Filosofía de Scheler.</i>	235

LETRAS		
Ulrich Leo . . . . .	<i>Dante Alighieri: Realidad e Intuición</i>	257
E. Noulet . . . . .	<i>Villiers de l'Isle Adam y Stéphane Mallarmé</i>	291

HISTORIA		
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Algunos Documentos sobre Tipógrafos Mexicanos del Siglo XVI.</i>	303
Alfonso Reyes . . . . .	<i>Un Paseo por la Prehistoria. (II.)</i>	325

### RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

#### *Filosofía*

José Fuentes Mares . . . . .	<i>Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo. (Donoso Cortés.)</i>	347
------------------------------	--	-----

	Págs.
Leopoldo Zea . . . . .	<i>Las Jerarquías del Ser y de la Eternidad.</i> (Alberto Rougés.) 349
 <i>Letras</i>	
Francisco Giner de los Ríos. . . . .	<i>Cuenca ibérica (Lenguaje y paisaje).</i> (Miguel de Unamuno.) 353
E. Noulet . . . . .	<i>Sociología de la Novela.</i> (Roger Caillois.) . . . . . 355
 <i>Historia</i>	
Félix Gil Mariscal . . . . .	<i>La Noche Triste.</i> (Documentos publicados por G. R. G. Conway.) . . . . . 359
Agustín Millares Carlo . . . . .	Las obras de carácter bibliográfico publicadas con ocasión de la Segunda Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo . . . . . 362
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Notas de bibliografía mexicana.</i> (Salvador Ugarte.) . . . . 370
Mariano Muñoz-Rivero del Olmo. . . . .	<i>Rodrigo de Albornoz, Contador Real de la Nueva España.</i> (Silvano García Guiot.) . . 371
Noticias. . . . .	375
Publicaciones recibidas . . . . .	377
Indices del tomo VI. . . . .	387

## Villiers de l'Isle Adam y Stephane Mallarmé

Al tratar de la influencia de Villiers de l'Isle Adam en Mallarmé, hay que tomar en cuenta, ante todo, el vaivén de ideas de uno a otro, los movimientos de rechazo por los cuales el que presta recibe al punto más de lo prestado. En sus rumbos diferentes, pero en ámbito que la mirada cruza, alcanza el uno la latitud del otro, y no tarda en adelantarse a él para volver a perder el tiempo y aun la partida. Ni hay que olvidar tampoco que las obras de mocedad de Villiers, imperfectas y poco habilidosas, pero de incontestable riqueza espiritual, son las iniciadoras. Entre éstas y las postreras, de mayor sazón, se sitúa todo lo que Mallarmé pudo transmitirle. Tal vez no se dista mucho de la verdad al decir que Villiers influyó en Mallarmé por el prestigio de su persona, por los designios geniales de que su obra estaba llena; y que Mallarmé influyó en Villiers por más tácitas presiones, por su voz, su amistad y sus raros escritos.

Nació la amistad de ellos, o mejor su mutua admiración, cuando Mallarmé, en plena juventud, salido del Liceo de Sens, fué, hacia 1861, introducido en los medios literarios de París por su profesor y amigo Emmanuel des Essarts. Allí encontró a los jóvenes parnasianos Coppée, Dierx, Hérédia, Verlaine.

Impresionó vivamente a Mallarmé la irrupción fulgurante de Villiers, que le llevaba tres años y medio de ventaja en ese grupo de ya notables dotes. En el orgullo de ser poeta que abrigaba el recién venido, en sus brillantes improvisaciones, su soberbia y su desesperación, Mallarmé, ya por el contraste, ya por la semejanza que ofrecían estos signos con los suyos, reconoció el poeta inequívoco.

Más tarde, en Aviñón, en 1867, a Villiers y Mendès, que habían ido a verle, leyó Mallarmé su *Igitur*. Funesta velada. La lectura no provocó

en Mendès más que una risita aprobadora, pero de no fiar. Para Mallarmé, desde el punto de vista de su nombradía parisiense y de la difusión de sus obras, era bastante grave que le tuviera Mendès por semiloco. Mallarmé, por naturaleza, era incapaz de resistencia en la batalla en que se acometen unos a otros editores, directores de revistas, autores y público. Mendès, quien, desprovisto de abnegación, lucía considerable don de gentes, estaba relacionadísimo; arrastraba fácilmente en pos de sí la literatura, y favorecía sin quererlo. Mallarmé acababa de perder su agente de publicidad.

En Villiers, más sensible a lo genial, la lectura de *Igitur* suscitó una estupefacción que, con todo, no se comprometía a la condenación definitiva.

De todos modos, a partir de esta fecha, antes de haber inaugurado realmente su carrera, antes de que el menor poema hubiese venido a afirmar sus calidades literarias, Mallarmé pierde su crédito ante quienes hubieran debido facilitarle acogimiento. Desde entonces sabe que no ha de ser comprendido. Y aunque más tarde, resignado y secreto, se limitará a sonreírse dulcemente ante las incomprensiones y las burlas, lo cierto es que a los veinticinco años, junto a los confidentes de sus más audaces proyectos, no había modo de evitar el sufrimiento.

Se cuenta que la desavenencia que sobrevino entre Villiers y Mendès remonta a aquella velada. Ello no es seguro. Esos dos hombres, siempre amigos enemigos, tenían desde mucho tiempo otros temas de disputa. Mendès no acertaba a soportar la ajena superioridad y no sabía pasarse de ella. Para Villiers, como para Mallarmé, fué "adicto y pérfido", como dice M. Daireaux.<sup>1</sup>

En el caso citado, Mendès, enojado al ver que Villiers no compartía su opinión, le guardó rencor por su complacencia hacia Mallarmé. En cuanto a éste, tenido por ocasión de la ruptura, siguió siendo amigo de uno y otro.

Permaneció Mallarmé en condición de testigo de toda la vida de Villiers. Asistió a sus comienzos literarios, asistió a las semanas pavorosas de su agonía. El y León Dièrx fueron los amigos a quienes no ofendió su miseria, ni la enfermedad ni la cercanía de la muerte. Estuvo Mallarmé cerca de Villiers en el hospital de San Juan de Dios, no para torturarlo, como hiciera en su odioso celo de neófito el poco caritativo J. K. Huysmans, sino para procurarle, mediante la complicidad de la buena Méry

<sup>1</sup> Max Daireaux, *Villiers de l'Isle Adam*, p. 48.

Laurent, algunas postreras golosinas. Mallarmé, cerebro lúcido, era a la par corazón fiel.

Veamos ahora los intercambios de una a otra obra. Los críticos, especialmente Albert Thibaudet, no han dejado de advertir el parentesco existente entre *Hérodiade* y las heroínas de Villiers de l'Isle Adam.

"De *Hérodiade*, escribe Thibaudet, nacieron en parte las princesas legendarias que constituyeron uno de los lugares comunes del simbolismo. De *Hérodiade* procede también, algún tanto, el atractivo que sobre el simbolismo ejerció el mito de Narciso. La poesía que se aísla en la pureza de su canto, la conciencia que anula toda existencia distinta de ella en su espejo de lucidez, se conocieron al contacto de esa orfebrería. Y en los mismos hitos del Parnaso y del simbolismo, o, mejor, entre las influencias más antiguas y más vastas de Flaubert y de Wagner, hay que situar el *Axel* de Villiers, actitud pareja del espíritu que dice que no a la vida porque su sueño se le ha agotado por completo."

Precisemos las semejanzas entre la Herodías de Mallarmé y la Sara del *Axel*. Pálidas ambas y envanecidas de sus cabelleras, menos mujeres que ambiciosas, vibrantes de meras "cerebrales sensualidades", hermanas son por su calma violenta, su amor de sí mismas y la voluntad de guardar inviolado, para un estremecimiento supremo, el misterio de su ser. "Soy la más sombría de las vírgenes",<sup>2</sup> dice una de ambas... o cualquiera de las dos. Evolucionan una y otra en una escena en que los comparsas, el decorado, los muebles, objetos, animales, luces y cantos, combinan un medio tal, que no se sabe si ellas emanan de él o lo dominan, pero del que permanecen, en todo caso, prisioneras.

El primer acto de *Axel*, en que sólo se trata de Sara, apareció de octubre a noviembre de 1872 en *La Renaissance des Lettres et des Arts*. En tal fecha, *Hérodiade* había sido ya escrita<sup>3</sup> y publicada.<sup>4</sup> Es, pues, Villiers el que se habrá inspirado en Mallarmé, y a *fortiori* en lo que toca a su tercer acto, en que no sólo el simbolismo de las rosas, sino también expresiones como "fríos jardines" o "vacante maravilla" son específicamente mallarmeanas. A Sara, que exclama: "¡Velarte con esos cabellos míos, en que respirarías el alma de las rosas muertas!", Axel responde: "Bajo la

2 *Axel* (Crès, Paris).

3 Fué compuesta durante el invierno de 1866, en Tournon, según las cartas de Mallarmé a Cazalis.

4 Apareció en la tercera serie del *Parnasse Contemporain*, 1869-71.

nocturna cabellera, eres un lirio ideal, todo él florecido en las tinieblas." Jerigonza de la escuela simbolista.

Todo ello acaece como si Villiers se hubiera dado cuenta de que la protagonista de *Hérodiade* podía afrontar las tablas, y la hubiera transportado tal cual era, con alma, belleza, ademán, orgullo, virginidad, vestidos y cabellos, a un cuadro y acción —esta vez, sí, profundamente escénicos—, en que la joven, que hablaba demasiado en el texto de Mallarmé, guardaba, esta vez, esquivo, inquietante silencio. Herodías tajaba cualquier respuesta a sus palabras, hasta transformar el diálogo en poema; Sara se calla, deja que hablen los que intrigan a su alrededor, y obra. Pero ambas tienen la misma segunda intención.

En una palabra, que Villiers alcanzó éxito en lo mismo en que había fracasado Mallarmé. "Drama, poema y sinfonía", dice Max Daïreaux<sup>5</sup> refiriéndose a *Axel*. Entre esos géneros había vacilado Mallarmé en su *Hérodiade*, y tales son los mismos términos que empleó para definirla.

En cuanto se buscan los contactos genealógicos de esas muchachas singulares, justo es notar que Sara había sido ya prefigurada en otra obra de Villiers, esa, por cierto, más poema que novela, aparecida el 2 de julio de 1862, y que, sin posible duda, Mallarmé debió de conocer. En su *Isis*,<sup>6</sup> en efecto, Villiers, al describir la marquesa Tullia Fabriana no puede menos de emplear los calificativos que son como el sello que marcará a las tres: "sombría", pero, sobre todo, "fría". Así escribe: "Fría, podía ser en sí misma de una tristeza infinita; pero esos niños no conmovían mucho más ese sombrío corazón inaccesible." Y lo que ella dice de sí misma es aún más parecido a Herodías: "Ni por el imperio del cielo sabría olvidar la suma tristeza del vivir, ni bajar de la esfera que alcancé. Las simpatías y aversiones de unos y otros pasan indiferentes ante mi soledad. Empecé a morir hace mucho tiempo; el horizonte se ha oscurecido; mi corazón es una vasta melancolía helada: tengo para mí que ya no cambio."<sup>7</sup>

Así, pues, la influencia tal vez se haya ejercido en sentido inverso al más aparente, lo que legitima esta pregunta: ¿Qué le debe Mallarmé a Villiers, y cuál es la importancia del personaje de Tullia Fabriana?

De Villiers tal vez tomara Mallarmé el uso de una palabra, título de nobleza que, aislándoles del resto de la humanidad, les hacía insensibles a las

5 Max Daïreaux, *Villiers de l'Isle Adam*, p. 440.

6 *Isis*, p. 195.

7 *Isis*, p. 220.

contingencias, aunque fueran ellas pobreza, familia, publicidad. Sueño, soñador, soñar, esas palabras reaparecen en cada línea de Villiers, en cada verso de Mallarmé. A menudo, otra les acompaña: "pálido". Sara, Axel, Jano, Hadaly son pálidos, signo de su superioridad, de su espiritualidad. En Mallarmé, Herodías y los poetas son pálidos, signo de elección y de condenación.

Recordemos que, tras la muerte de Villiers, Mallarmé, considerando como de su deber honrar la memoria de su amigo, dió en varias ciudades belgas y en París una serie de conferencias. Pronunciaba de pie la primera frase: "*Un homme, au rêve habitué, vient ici parler d'un autre, qui est mort.*"

*Sueño* es una de esas dóciles palabras que cada cual hinche a su modo, y sobre las que se apoyan todos los errores. Con la encantadora complicidad de ella, uno se engaña primero a sí mismo y engaña luego a los demás. Bello nombre, reconfortante para el amor propio, útil para revestir la nubosa incoherencia del propio pensamiento, y mediante el cual temperamentos en modo alguno místicos se imaginan participar en alguna suprema comunión. Santo y seña que pasa de unos a otros, apenas una cabellera más larga, un chaleco más rojo, un ademán más inclinado, un volumen, una paleta o cualquier otra señal muy notoria indican a la corporación la presencia de un nuevo adepto de la vaguedad. Ya los románticos<sup>8</sup> habían abusado de él, y con ellos Baudelaire y los mismos parnasianos, todos tácitamente de acuerdo y decididos a no definirlo.

En Villiers y en Mallarmé la insistencia y solemnidad de su empleo y su pareja resonancia, nos mueven a creer que cela un sentido próximo y revitalizado. Ninguno de sus sentidos negativos conviene a Villiers, y menos aún a Mallarmé. Sueño, rumores de pensamientos, bravura interior, supremacía tiránica del ideal que decolora los más suaves placeres de la vida. Cuando Mallarmé dice *soñar*, se refiere a la busca solícita de lo que, en las primeras nebulosas, ofrece más forma y peso, lo que puede ser denominado, embellecido y en breve dado al mundo.

Ni distensión, ni abandono, ni somnolencia: el sueño es concentración, guía de sí mismo y atención.

Uno de esos sueños laboriosos, en el que Villiers y Mallarmé se refugiaron con más agrado, fué la creación en sí mismos de una persona

---

8 Los románticos lo utilizaban en sentido harto diferente. Lo oponían a *razón* y aun a *idea*: a todo lo que tiene forma.

soñadora a la que resguardarían de todo roce y dotarían de todos los privilegios de la existencia individual.

A esa persona, de ellos nacida, y cuyo crecimiento interior se complacían en vigilar, atribuyeron por mutuo acuerdo un magnetismo que atrajera hacia su helada cumbre. Nutrida de soledades, ávida de las últimas liberaciones, inviolada por la mirada del hombre, su mirada inhumana viene a trascender cuanto hay, y reina sobre su dominio espiritual indefinido.

En *Isis*, Tullia Fabriana, de magna inteligencia, alcanza un grado supremo de conciencia por el estudio, la meditación y el cerco de la soledad: "vivía de ella misma y de su pensamiento."<sup>9</sup> Su aspecto, como el de Jano, y, en cierta medida como el de la Herodías de Mallarmé, es una tranquilidad soberana que obra en los demás a modo de "flúido fascinador". A pesar de "los sudores de la angustia, el dilatado espanto de la desesperación, el sublime éxtasis de la vida eterna",<sup>10</sup> es bella y de perfecta resistencia nerviosa; y su actividad intelectual, lejos de serle mortalmente aciaga, aumenta su irradiación: "Tal vez la abstracción, a fuerza de fulgores, había para ella alcanzado las proporciones de la suprema poesía."<sup>11</sup>

Por su propio albedrío, se había celado a toda curiosidad: "Leer una Idea fija a través de los repliegues del exterior, conocer la verdadera naturaleza y el impulso dominante de una Inteligencia, adivinar, con certeza, el gran móvil que ocultan todas las precauciones del genio, no es ya de competencia de la intuición, sino que depende de la fuerza de voluntad del sujeto."<sup>12</sup>

Esas citas se parecen, por sus ideas y sus palabras, a la dolorosa confesión por Mallarmé de la crisis moral que padeció durante sus años provincianos soledosos. Había sido esa crisis moral presentida, pero faltaba su constancia terminante. Hoy se tiene conocimiento de ella<sup>13</sup> por revelaciones en las cartas escritas por Mallarmé a su amigo Cazalis, en que

9 *Isis* (ed. Crès), p. 56

10 *Ibid.*, p. 13.

11 *Ibid.*, p. 137.

12 *Ibid.*, p. 137.

13 Al menos, cabría conocerla. Extractos inéditos importantes de estas cartas fueron publicados por vez primera en mi libro *L'Oeuvre Poétique de Stéphane Mallarmé*, París, Droz, abril 1940. Posteriormente, el Dr. Mondor, que posee la colección completa de las cartas autógrafas de Mallarmé a Cazalis, la publicó, según se me dice, en el otoño de 1940.

hace confidencia de sus tormentos y de la única esperanza que sobrevivió al naufragio. Esas cartas, en efecto, relatan una prodigiosa aventura mental durante la cual perdió el poeta la fe, en lugar de la cual surgió su fe literaria: vivirá el poeta en la obra escrita, en el libro, única expresión del universo y, con ello, única inmortalidad posible.

Esta prueba, que le llevó hasta la concepción de la nada, fué cruel para Mallarmé; a pique estuvo de comprometer su equilibrio mental y aun su salud. Para que se vea a qué altura y hasta qué vértigo, luchaba Mallarmé con el ángel, he aquí dos extractos de esa singular confidencia: el primero de carta fechada en Besançon el 14 de mayo de 1867:

“... Acabo de pasar un año aterrador: mi Pensamiento se ha pensado a sí mismo, y ha llegado a una Concepción Pura.

“Todo lo que, de rechazo, sufrió mi ser durante esa agonía prolongada, es inenarrable, pero, por dicha, me hallo perfectamente muerto, y la región más impura en que pueda aventurarse mi espíritu es la eternidad, mi espíritu, ese habitual Solitario de su propia Pureza, que ya ni el mismo reflejo del Tiempo obscurece.”

Lo que sigue está tomado de una carta fechada en Aviñón el 19 de febrero de 1869:

“... Mi cerebro, invadido por el Sueño, negado a sus funciones exteriores que ya no lo solicitaban, iba a perecer en su insomnio permanente. Imploré la holgada Noche que me escuchó y vino a tender sus tinieblas. Terminada está la primera fase de mi vida. La conciencia, abrumada por las sombras, despierta, lentamente, formando un hombre nuevo, y debe recobrar mi Sueño tras la creación de éste. Ello durará algunos años, durante los cuales me tocará revivir la vida de la humanidad desde su infancia y en cobro de conciencia de sí misma.”

El origen de esta prueba, por más intensamente que haya sido vivida, fué tal vez, a pesar de todo, literario. Porque Mallarmé tomaba muy en serio todo lo perteneciente al libro, y vivía de lo escrito por los demás, supuesto que lo que leía estimulaba en él inclinaciones innatas. Por la importancia que otorgara a lo escrito, se deslizó hasta confundir la expresión de las ideas con su realidad. Ahora bien, el esfuerzo hacia la conquista de sí mismo, la adquisición del señorío espiritual y una guía consciente del pensamiento, en sus peligrosas etapas, aparecen en extensos relatos de personajes de Villiers de l'Isle Adam. Quien mejor personifica tal orientación es Jano, del *Axel*, posterior a la fecha en que padeció

Mallarmé su martirio intelectual. Pero hagamos notar aún que Jano se halla prefigurado en la *Isis*, que es de 1862.

En la vía del idealismo integral, no necesitó Mallarmé de encuentro con Stuart Mill en Inglaterra. Antes de salir de Francia había dado con Villiers y leído *Isis*, y bajo esta forma y en esta sola medida, recibido la huella hegeliana. La idea del *devenir* era enteramente contraria a la necesidad de Mallarmé, que tiende hacia lo que es, o sueña lo que no es, o lo que podría ser. En momento alguno el *devenir*, siempre imperfecto en su progresión indefinida, pudo satisfacer su nativa sed de absoluto, aun identificado por su pensamiento el absoluto con la nada. Por lo tanto, es en Villiers donde lo obtuvo, aun restringiéndolo al punto de un *devenir* literario.

De suerte que, mientras Mallarmé continuaba en sí mismo la rigurosa empresa de la dominación de sus poderes, Villiers, por su parte, perfeccionaba, de personaje en personaje, la idea de un tipo humano, dueño de sí mismo.

En Tullia Fabriana, lo que tiene todavía el personaje de novelero y de profano, si oso decir tal, es que la ciencia que de sí misma y los demás posee, arranca de los libros y los secretos de la magia. Tullia pactó con los espíritus, y quiso ser la más sagaz en el juego. Villiers la muestra absorta en extrañas lecturas y "apasionada por las ciencias ocultas, la filosofía, la cábala y la toxicología".<sup>14</sup> El venero de su madurez intelectual es todavía pueril. Mucho más tarde, ya por él sopesados los defectos de sus primeros escritos, Villiers no podrá menos de agobiar todavía a su personaje de Jano con parecidas preocupaciones. Jano, con todo, se ve más desprendido del mundo que Tullia Fabriana, más despojado de ambiciones terrestres, más dirigido hacia una modesta sabiduría personal, aunque ésta ejerza su contagio omnipotente en algunos elegidos, como Axel. Todas las palabras de Jano repiten, en el discurso directo, las páginas que diseñan la naturaleza moral de Tullia: la semejanza de los textos es impresionante. Que Villiers vuelva a su tema y lo perfeccione, es natural. Que Mallarmé, subyugado por la lectura de *Isis*, no haya creído que una dignidad humana tan eminente hubiese de permanecer en lo teórico, y que haya visto, en una simple fábula, el índice de una experiencia real, es probable. Y que el ejemplo de Mallarmé, a su vez, ayudado por lecturas filosóficas, haya

<sup>14</sup> *Isis* (Crès), p. 66.

permitido a Villiers conservar una elevación moral más serena, resulta evidente.

Demos un paso más: descarguemos a ese héroe del espíritu de todo el peso del saber, rehusémosle todo instrumento de conocimiento que no sea su pura fuerza aguda de atención y penetración, quitémosle sobre todo el semblante majestuoso en que piensa reflejarse la intelectualidad pujante, revistámoslo mejor de la general entonación común y corriente, y he aquí recompuesto el personaje de Teste, resultado final de este linaje de héroes cerebrales, Teste, que dictó *L'Introduction à la Méthode de Léonard de Vinci* y diversas páginas de *Variété I*.

Poner en el mismo plano dos creaciones del espíritu y una criatura viviente ¿no es un sacrilegio hacia Mallarmé, doliente en su pugna real? Pero los tres, el viviente y los imaginados, usaron las mismas palabras sortilegas; de análogo modo responden, se embriagan de la misma evasión y desean iguales poderes.

“Sabe... que no hay más universo que la concepción de él que se refleja en el fondo de tus pensamientos...”

“A ti te incumbe convertir en real lo que, de faltar tu voluntad, no es sino posible”.

¿Quién firma estas palabras? ¿Villiers, Mallarmé o Valéry?

Y no obstante no hay entre ellos medida común. Lo que fué literatura para Villiers y Valéry, vino a ser experimento en Mallarmé. Literatura, en Villiers, con todos sus oratorios esplendores, y, en Valéry, conducida a una enjutez esencial. Ambos pintaron copiosamente la extraordinaria ambición de sus personajes, no sin recurrir al lenguaje filosófico, ya hegeliano, ya socrático, ya bergsonianiano. Mallarmé, en el concierto profundo de su vida privada y su vida en las letras, y a pesar de sus intenciones, no supo transponer en obra el experimento vivido. No pasó de condensar sus resultados, hacia el fin de su vida, en *Un Coup de Dés*, en que los datos subjetivos son ya de imposible identificación.

Cuando los personajes de Villiers o de Valéry se glorían de sus estados de conciencia y nos engolosinan con su posesión de secretos famosos, que les valen la dominación de los seres y aun del mundo material, sólo a medias les creemos: su secreto sigue siendo un secreto. Al no poder hacer entrega de él, se desquitan describiendo; el mismo Teste parece estar celando, en vez de un secreto, una mistificación, y su lenguaje, aun traducido al habla leonardiana, se nos antoja una impostura.

Las cartas de Mallarmé no ofrecen ninguno de estos artificios: mientras Villiers necesita a Tullia, a Sara y Axel, mientras Valéry necesita a Eupalinos, a Vinci y a Teste para explicar magnífica o discursivamente el mismo fenómeno, Mallarmé dice con simplicidad: "Mi pensamiento se pensó . . ."

Villiers, Mallarmé y Valéry, prendados del gradual acrecimiento de la conciencia, procedían todos de Edgar Poe: "La más bella cualidad del pensamiento está en tener conciencia de sí mismo."

E. NOULET